

Alejandro Tarragó

Rimbaud: 1854



HACE cien años que nació Jean Arthur Rimbaud. 1854. A los 16 años de edad, en el 70 y 71, irrumpe el audaz meteorito en el cielo poético de París: Verlaine es su rodrigón, su beneficiario, y en parte su víctima.

No vamos a atribuirle a Rimbaud ninguna rígida significación demarcatoria en el cañamazo de las generaciones literarias. Pero sí, conviene señalar que hasta 1854 vienen al mundo el parnasiano Leconte de Lisle (18), el realista Flaubert (21), el naturalista Zola (40) y todos los epígonos de esa corriente estética de la impasibilidad (¡1850!), de la impersonalidad emocional, de la imagen plástica, de la frase oratoria y del verso marmóreo, de la narración minuciosa y de la descripción objetiva y agotadora. Taine y Fromentin, Renan y Fustel de Coulanges, los Goncourt y Alphonse Daudet, Sully-Prudhomme y Heredia tienen que nacer antes que Rimbaud. Maupassant llega justo (en el 50) y aún le será dable intervenir con éxito en la gran función naturalista.

Pero después de 1854, después de Rimbaud, nadie que se estime osa venir al mundo a blandir pendones positivistas, por lo menos en la sutil, en la susceptible atmósfera de la creación literaria. Quien venga después de Rimbaud, si quiere contar para algo

en el firmamento de las letras francesas, es menester que se llame Verhaeren (55); o Moréas (56); o Gourmont (58); o Bergson (59); o Maeterlinck o Barrès (62); o Régnier (64); o James o Claudel o Maurras o Rolland (68); o Gide (69); o Proust o Valéry (71) ... Y estos espíritus egregios, que tanto difieren entre sí, tienen una cosa en común: son posteriores a Rimbaud, como son posteriores a la trinidad poética Baudelaire-Mallarmé-Verlaine. Es decir, son hombres inmersos en otra corriente estética, la del simbolismo (¡1885!), donde cuenta el sentido del misterio y de la simpatía, donde importan los recovecos del espíritu y los estados fugitivos de la sensibilidad trascendente, donde la música del lenguaje priva, donde se dilata el campo de la sensualidad y se busca la evocación supraintelectual de la belleza, donde aflora lo místico, lo hermético, lo alucinante, lo aparenzial.

En el milagro de las generaciones Rimbaud no abre precisamente una puerta, antes la cierra. La puerta ya había sido abierta —o por lo menos entreabierta— por la trinidad poética arriba mencionada, y si se quiere por Villiers de l'Isle-Adam, por Daudet, por Loti, apenas anteriores a Rimbaud. Lo que éste hace es cerrar con estrépito la puerta al naturalismo, y cerrarla, claro está, con la afirmación insolente y arrolladora de otros cánones generacionales. Maupassant, cuatro años más joven que nuestro poeta, puede ser considerado como el último naturalista a quien el destino inhibitor (¡1854, Rimbaud!) consiente todavía una tardía incorporación a la periclitante escuela.

He aquí la primera, la evidente significación generacional de Rimbaud y de su fecha de nacimiento. Poco importa que después de él subsistan hombres, ademanes y obras impermeables al fluir del tiempo. El omnímodo positivismo de la ciencia y de la filosofía —tan fructífero por otra parte— seguirá promoviendo intentos estéticos condenados, por anacrónicos, a ser de menor cuantía, como la anterior conmoción romántica seguirá dando chispazos hasta el final del siglo y hasta siempre ...

¿Termina ahí empero la misión de Rimbaud? Entre los precursores y primeros creadores del simbolismo, ¿es a él a quien le toca —tardo en llegar y rápido en actuar— la bronca tarea de torcerle el cuello a la escuela precedente? Sus versos desaliñados, llenos de color, poderosos y toscos como sus manos de adolescente precoz, ¿tienen en el devenir de las escuelas un mero alcance negativo, coartador de parnasianos y realistas? Así parece ser por de pronto. Esta es su particular influencia durante los doce o quince años que preceden a la magnífica eclosión de 1885. Pero Rimbaud tiene su singular, su recóndita preceptiva, que no aparece precisamente en los versos que recitamos, sino en la prosa atormentada de sus *Illuminations* y de su *Saison en Enfer*. Y esta preceptiva del benjamín de los “poetas malditos”, gestada desde el 70, cuando “Paris se repeuple”, tendrá la virtud de quedar a guisa de claraboya —ya que no de puerta— para respiro, revulsión y catarsis de otros franceses que, medio siglo después, habrán de ver de nuevo.

*Les maisons sus l'azur léger qui s'irradie
Et qu'un soir la rougeur des bombes ébranla!*

Sí, es en 1914 cuando surte su pleno efecto esa luz rimbaldiana, “eléctrica, seca y ardiente; nueva y desnuda; desesperada y eficaz; carente de amor y de alegría”. En 1914, cuando otros jóvenes, igualmente desgarrados e inestables, cobran nuevo odio a la Europa epiléptica y suicida; cuando millones de adolescentes tratan de explicarse las horrendas vivencias que les consumen y llegan a la plenitud biológica —si no a la muerte— con el alma irremediabilmente tullida.

Pero ay, estos jóvenes de 1914, trabajados por el trauma de la guerra más aún que por la tenebrosa personalidad del desbocado Rimbaud, conquistan fácilmente nuestros sufragios, aunque sus aportes expresivos sean a veces de menor alcurnia estética que los

del atormentado precursor. Y es que de éste, del errabundo Rimbaud (pase la aliteración no buscada), siempre nos tendrá en guardia su enfermiza decepción de todo y de todos, su angustioso sentido de la soledad, su patológica búsqueda de una realidad única y suprasensible (la de la redención, la de la dicha), su práctica intencional y propedéutica de todas las formas del vicio, su desmedido afán de saber esotérico e incontrolado, su miedo innegable a la catástrofe final de la locura... ¡Pobre Rimbaud! ¡Que tus andanzas de semihuérfano descarriado, que el barco ebrio de tu vida, merezcan siempre la cariñosa comprensión de quien te lea y te avizore, y que la coherente médula de tus creaciones y de tus atisbos poéticos te redima de tus múltiples errores y de la caterva de *snobs* y turiferarios que sólo saben seguirte por los forros averiados de tu alma inmarcesible!